

SALA DE LECTURA

Más que epidemias

A DICTIONARY OF EPIDEMIOLOGY

Miquel Porta (editor)

Oxford University Press

Nueva York, 2008. 5ª edición

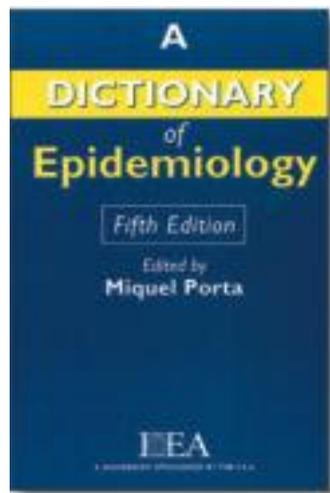
294 páginas. ISBN: 978-0-19-531450-2

Hace tiempo que la epidemiología es mucho más que el estudio de las epidemias y se interesa por todo lo que pueda influir en la salud. Si hay una disciplina legítima para husmear en asuntos tan diversos como los contaminantes de la dieta, el nivel de renta, la conducta sexual, los hábitos democráticos o las horas que vemos la televisión, es la epidemiología. Lo que la distingue de otras especialidades es que piensa en términos poblacionales. Sus métodos de trabajo y sus conclusiones, sus intereses y sus propuestas de intervención están siempre orientados a una población. La epidemiología está tan impregnada de bioestadística como de medicina preventiva, y lo mismo se habla de epidemiología clínica que de epidemiología genética y molecular. ¿Qué es

exactamente esta disciplina?

Para saberlo, qué mejor que consultar la quinta edición del diccionario de la International Epidemiological Association, que es todo un ejercicio de reflexión sobre los métodos y los límites de esta especialidad médica, transversal como pocas y longitudinal como ninguna. En él se define la epidemiología como “el estudio de la incidencia y distribución de los estados o sucesos relacionados con la salud en poblaciones específicas, incluyendo el estudio de los determinantes que influyen en dichos estados, y la aplicación de este conocimiento al control de los problemas de salud”. Y se precisa que “determinantes” son todos los factores físicos, biológicos, sociales, culturales, económicos y conductuales que influyen en la salud.

Un buen diccionario médico tiene muchos más términos que un buen diccionario general de cualquier lengua. La nueva edición de *A dictionary of Epidemiology* (sí, está en inglés), dirigida por primera vez por un espa-



ñol, Miquel Porta, con el patrocinio de la Fundación Esteve, no llega a tanto, pero incluye muchos nuevos términos y es más completa y polifónica que las previas. Imprescindible para los epidemiólogos y casi para cualquier investigador biomédico, la obra es también recomendable para los curiosos lectores interesados en la salud y sus determinantes, y en un concepto tan central de la posmodernidad como es el de riesgo, que no es exactamente lo mismo que un peligro o un factor de riesgo.— G. CASINO

CÁNCER DE MAMA. CLAVES Y RELATOS

Beatriz Iraburu y Esther Mahillo

Siddharth Mehta Ed. Madrid, 2008

325 páginas

ISBN: 978-84-86-830-39-7

Acababa de volver a España, tras trabajar durante más de 20 años como periodista en el extranjero, cuando a Beatriz Iraburu, la periodista autora de este libro, le diagnosticaron un cáncer de mama. Consciente de que la información contribuye a afrontar con valentía la enfermedad, Iraburu trata temas tan diversos como los programas de detección precoz, la cirugía, la supervivencia, los tratamientos, las patrañas y engaños de la medicina alternativa, y lo que supone la recaída. Al final, se suman los relatos de 10 mujeres que, como ella, han sufrido la enfermedad. Relatos en primera persona, sin tapujos, llenos de coraje, ternura y buen humor.



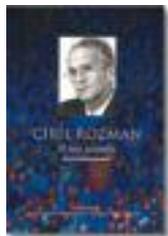
CIRIL ROZMAN. EL RETO ASUMIDO

VV AA

Fundación Medicina y Humanidades Médicas

311 páginas. ISBN: 978-84-612-5822-2

Trazar la historia de los grandes especialistas que han labrado la historia de la medicina es un ejercicio necesario para no olvidar que en España la investigación no tan sólo tiene un futuro, sino también un pasado. Ciril Rozman es una de esas figuras referentes. Nacido en Eslovenia en 1929, la II Guerra Mundial le obliga a abandonar su país natal. En 1948 llegó Barcelona, donde inició sus estudios de Medicina y se convirtió en uno de los mejores expertos mundiales sobre leucemia linfática crónica y el trasplante de médula ósea. Diferentes colaboradores y amigos reconstruyen su apasionante biografía.



AYUDAR A MORIR

Iona Heath

Prefacio de John Berger

Editorial Katz. Madrid, 2008

126 páginas. ISBN: 978-84-96859-40-1

“En los últimos años, el éxito espectacular de la medicina científica ha permitido que los médicos abandonen su papel tradicional de ‘compañeros de la muerte’, afirma en este libro su autora, Iona Heath, actualmente presidenta del Comité de Ética del *British Medical Journal*. Poco a poco, el desafío tecnológico de prolongar la vida ha ido adquiriendo prioridad sobre la calidad de vida, añade. Y como consecuencia, hemos perdido de vista en qué grado la forma en que vivimos tiene más importancia que cuándo morimos, añade. Prologado por el escritor John Berger, en este libro Heath reflexiona sobre el derecho a morir con dignidad.



HISTORIAS MÉDICAS

Por JOSÉ ÁNGEL MONTAÑÉS

Polvo de momia

Una de las herencias culturales que más han fascinado siempre del antiguo Egipto son sus momias. Ya en el siglo V antes de Cristo Heródoto dedicó el segundo de los nueve libros de su *Historia* a los egipcios. A él le debemos la mejor descripción sobre la momificación. Según Heródoto, tras ingresar el difunto en la Casa Pura los sacerdotes iniciaban un ritual que duraba 70 días. Primero le extraían el cerebro introduciendo un gancho de metal por la nariz tras romper el etmoides y luego le hacían un corte en el costado izquierdo, por encima de la cresta iliaca, para extraer las vísceras —intestino, hígado, pulmones y estómago—, excepto los riñones y el corazón.

Se dejaba luego el cuerpo durante 40 días en sales de natrón para desecarlo y a continuación se rellenaba con tela, serrín, arcilla, plantas aromáticas y cebollas para las órbitas. Se cosía, se frotaba con perfumes y resinas, y se vendaba. Primero cada uno de los 20 dedos, después las extremidades y la cabeza, y por último, todo el cuerpo, con al menos 350 metros de tela. Los brazos se colocaban a los lados o cruzados sobre el pecho (posición osírica) y entre el vendaje se introducían amuletos para proteger al difunto (143 en el caso de Tutankamón). Luego se untaba todo de nuevo con resina.

Había un método más económico, según Heródoto, y consistía en inyectar aceite de cedro por el ano para disolver las vísceras antes de poner el cuerpo en sal, aunque el servicio más barato consistía en lavar y secar el cadáver. Durante 30 siglos los egipcios perfeccionaron estas técnicas porque creían que conservar el cuerpo les permitiría alcanzar la vida eterna, hasta que en el año 392 después de Cristo el emperador Teodosio II las prohibió.

La palabra *momia* proviene del árabe *mummeia*, que significa *betún*, una sustancia negra a la que se atribuían propiedades curativas y que rezumaba de un monte en Persia. Cuando los persas visitaron Egipto y vieron los cuerpos embalsamados cubiertos por una sustancia negra, pensaron que la resina

era betún y llamaron a esta forma de enterrar *mumias*. Esta asimilación hizo que durante siglos se creyera que las momias tenían efectos curativos. Las consecuencias fueron nefastas, pues se desencadenó una caza de la momia que duró hasta el siglo XIX.

Los cuerpos momificados se troceaban o se molían y se distribuían como polvo de momia a los boticarios europeos. La demanda era tan alta que empezaron a fabricarse momias con cadáveres recientes (muchos museos fueron engañados, algo que no se detectó hasta que se analizaron con rayos X). Francia fue el principal proveedor de momia barroca, elaboradas con cadáveres de ajusticiados, la *mumis patibuli*.

Se atribuía a estos polvos la propiedad de alargar la vida; de curar úlceras, cólicos, asma, tuberculosis, epilepsia y dolor de muelas, e incluso efectos afrodisíacos, según describe Silvia Marinozzi en *Mummies as therapeutical treatments*. Las formas de preparación incluían bebedizos obtenidos tras diluir el polvo en vino, miel o agua, mezclados con aloe y ungüentos. En ninguna botica debía faltar este remedio. El rey Francisco I de Francia llevaba siempre un saquito con picadura de momia.

Pese a todo, ya en el siglo XVI algunas voces se atrevieron a dudar de tales efectos. El navarro Guy de la Fontaine se sorprendía del volumen que alcanzaba el mercado de momias falsas, y el cirujano francés Ambrosio Paré y el ensayista español Benito Jerónimo Feijoo criticaban su utilización y proclamaban su falsedad.

No fue ésta la única utilización de las momias. En épocas posteriores se emplearon también como base de un pigmento, el *marrón momia*; como combustible, ya que la resina las hacía arder con facilidad, e incluso como fertilizante para el campo. Así acabaron, al no poder ser vendidas como remedio, miles de pequeñas momias de gato que fueron llevadas a Inglaterra desde la necrópolis de Beni Hassan, dedicada a la diosa gata Bastet, donde se hallaron 300.000 mascotas momificadas.

¿HURGENCIAS?

HOSPITAL

HAY AFECIONES QUE NO NECESITAN ATENCIÓN HOSPITALARIA DE URGENCIAS
PIENSA EN ELLO. PIENSA EN TODOS



A pocos minutos de tu casa tienes un Centro de Salud con servicio de Urgencias
Evitarás esperas y muchas vidas te lo agradecerán
www.madrid.org

